

JOSÉ JAVIER ESPARZA

EL CABALLERO
DEL JABALÍ BLANCO

LA NOVELA DE LOS PÍOPEROS
DE LA RECONQUISTA

la esfera  de los libros

PRIMERA PARTE

EL COLOPO, EL MONJE
Y EL ESCUDERO

I

EL COLONO

Con esa azagaya que ahora descansa sobre el muro maté por primera vez a un hombre.

Apenas tendría yo dieciséis años, novato escudero en la hueste del gran Gadaxara. Los moros estaban doblegando nuestra defensa. En el fragor de la batalla quedé lejos de mi gente, aislado en una demencial nube de polvo y gritos y lamentos y furia. Vi entonces a un sarraceno que se precipitaba sobre mí enarbolando su cimitarra con grandes alaridos. Aterrado, eché a correr peñas arriba. Cada vez sentía más cerca la llegada de la hora final. Yo nunca antes había peleado a muerte contra un hombre. Sentí en la espalda el latigazo frío del metal rasgándome la camisa. Entonces tropecé. Traté de revolverme. Solo recuerdo que una inmensa mole cayó sobre mí y un golpe seco me privó del sentido.

Cuando desperté, no sabía si estaba muerto o vivo. Aún tardé en identificar aquel líquido caliente y viscoso que caía sobre mi frente. Así descubrí que el moro había ido a desplomarse encima de mi azagaya y que ahora yacía allí, sobre mí, atravesado de parte a parte, expulsando por la boca su

sangre de difunto. De repente me faltó el aire. Con un chillido de miedo y de ira me zafé del cadáver. Me puse en pie. Miré alrededor. No había nada, salvo muerte.

Recogí la cimitarra del moro. Saqué de su cuerpo mi azagaya. Tembloroso, mareado, asustado, me escabullí del campo tan rápidamente como mis maltrechas piernas me lo permitieron. El cobijo de unas matas me dio la oportunidad de recobrar el resuello. Escuché gritos a lo lejos. A gatas me acerqué al lugar. El poblado ardía. Las llamas de las techumbres de paja dibujaban un anticipo del infierno. Allí vi con horror el macabro ritual de la victoria musulmana: las cabezas de mis hermanos de armas, separadas de los cuerpos, formaban un sanguinolento túmulo. Los almuecines habían subido a la pirámide de cabezas y desde lo alto gritaban a su Alá. Entre sollozos, no pude sino dar gracias a Dios por haberme librado de la matanza. Pero entonces vi algo peor: apiñados en una informe muchedumbre, como un rebaño de ovejas, estaban las mujeres y los niños de la aldea, golpeados y vejados y escupidos. Su suerte estaba echada: la suerte del esclavo. Una lanza invisible atravesó mi pecho cuando descubrí que allí, entre las ovejas sin pastor, a merced de los lobos, estaba ella: Deva. Sus trenzas doradas eran ahora una madeja sucia de hollín y miedo. Alguien pagaría por ella una buena cantidad en Córdoba. Ciego de ira y de dolor, escapé.

Anduve errabundo hasta que el sol se puso. Era ya noche cerrada cuando un rumor atrajo mi atención. Ese rumor hablaba mi lengua. Seguí la guía de mi oído. Vi entonces, tras un peñasco, un tenue resplandor. Me acerqué con cautela. Era una hoguera. Grité: «¡En el nombre de Cristo!». Una multitud de sombras se agitó en torno al fuego. Vi sus

caras. Era mi gente. Los guerreros vencidos de Asturias me recibieron con una mezcla de alivio y angustia. La fatiga y la muerte habían esculpido atrocidades en aquellos rostros. Uno vio mi cimitarra, la que capturé al moro. La señaló con su dedo. Después palpó la sangre seca que cubría mis ropas y mi cuerpo: la sangre del enemigo. «¡Bravo, rapaz!», me dijo. Ese día dejé de ser escudero. Ese día me convertí en guerrero del rey. Desde ese día guardo esta azagaya.



De todo eso hace ya mucho tiempo, más del que quiero recordar. Ahora los años han pasado sobre mis espaldas, mi brazo ha empezado a temblar, mi vista se ha rendido, pocos dientes quedan en mi boca, el vientre se ha hecho perezoso y la orina blanda. Por eso he venido aquí, entre estos muros. Mis padres construyeron esta iglesia con sus manos. Cuando se sintieron viejos, se retiraron aquí a morir. Yo ahora sigo sus pasos.

Os hablaré de mis padres. Se llamaban Lebato y Muniadona. Fueron los primeros cristianos en volver a estas tierras cuando Dios nos libró del yugo sarraceno. Ellos araron de nuevo los campos y limpiaron los molinos derruidos. Levantaron una casa y pusieron nombre a los ríos y a las veredas. Lebato y Muniadona tuvieron nueve hijos: García, destinado a heredar las tierras; Vítulo, que fue abad; Adosinda, que casó en Galicia; Ervigio, que también abrazó los hábitos; Tello, que desapareció cautivo en tierra de moros; Munia, que casó en Mena; Esteban, que murió niño; Bartolomé, muerto al nacer, y yo. Mis padres conquistaron un

mundo para nosotros. Desafiaron al hambre y al moro, a las nieves y a las bestias. Sabe Dios cuántos sufrimientos flagelarían sus almas para llevarnos a la boca un pedazo de pan. Pero en sus últimos años, cuando sus cuerpos se inclinaban ya doblados hacia el suelo, pudieron ver con orgullo cómo su linaje se prolongaba sobre una tierra libre.

Ahora os hablaré de mí. Me llamo Zonio y nací en la primavera del año de Nuestro Señor de 774, año 812 de la era hispánica, año 158 de la hégira musulmana, reinando en Asturias el rey Silo. Me bautizaron en la iglesia vieja de San Bartolomé de Aldeacueva, en el valle de Carranza. Vine con mis padres a estas tierras cuando aquí no había sino enemigos y alimañas. Aré los campos, vestí los hábitos, empuñé la espada, luché mucho, perseguí un amor desdichado y repoblé tierras en el nombre de Dios Nuestro Señor. Conocí a Beato de Liébana y viví su guerra con el hereje obispo Eliando. Estuve en la batalla de Lutos y tomé Lisboa con mi rey Alfonso el Casto. Viajé a Córdoba y penetré en el harén del emir. Vi la tumba del apóstol Santiago en Compostela y viajé en embajada al país de Carlomagno. Hice presuras de tierras en Álava y estampé mi nombre en el fuero de Brañosa. Hoy me acerco a los sesenta inviernos y mi cuerpo ya no tiene fuerzas para retener mi alma. Por eso os contaré mi historia antes de morir.



De mi primera infancia apenas recuerdo otra cosa que una vaga impresión de felicidad en un valle verde y estrecho. Me enseñaron que nací en un linaje de hombres libres. Mi bi-

sabuelo, de nombre Lebato, se había alzado en armas contra el moro, junto al duque Pedro de Cantabria, y con él había estado el glorioso día en que los montañeses aplastaron a los sarracenos en su fuga de Covadonga. Mi abuelo, García, fue guerrero en la hueste del primer rey Alfonso antes de echar raíces en este valle. Siguiendo la costumbre goda, mi padre recibió el nombre del abuelo: Lebato, y él fue quien heredó la propiedad. Nosotros, sus hijos, disfrutábamos ahora de esa libertad conquistada a punta de espada.

Fue mi padre, Lebato, el primero en acariciar la idea de pasar los montes. En la aldea ya no había sitio para todos. Ni sitio, ni comida. Uno de sus hijos podría heredar el terruño, pero ¿qué sería de los demás? Por otro lado, la escasez empezaba a roer nuestras vidas. Cada vez era más difícil sacar fruto de la tierra, incesantemente cultivada con nuestros pobres arados de madera. También la caza escaseaba. Los animales escapaban hacia los bosques del sur. Pero el sur era terreno vetado: los musulmanes podían merodear por allí.

Un otoño, mi padre y mis hermanos mayores, García, Vítulo y Ervigio, ascendieron a las peñas y excavaron terrazas para tratar de hacer bancales. Fue la última intentona: convertir aquellas peñas en tierra fértil y cultivable. Pero era un trabajo ímprobo atravesar el bosque, descubrir claros entre la enorme arboleda, escalar el suelo y sacar de allí algo útil. Aquello no era solución.

Nunca supe cómo se le ocurrió cruzar la montaña. Desde muchos años atrás, todos habíamos crecido en la convicción de que al otro lado de la montaña aguardaba la muerte. Los musulmanes que cabalgaban desde el sur, con sus extra-

ñas vestimentas y sus veloces caballos, pasaban todas las primaveras en busca de botín y esclavos. Todos conocíamos a alguien que había perdido a una hija o a un marido víctimas de aquellas expediciones de rapiña. En nuestro valle, en nuestro mundo, las montañas nos resguardaban del enemigo. Al otro lado, por el contrario, todo era peligro. Pero mi padre dio el paso.

Recuerdo bien el día: se levantó muy temprano, arregló el caballo, besó a mi madre, llamó a sus hombres —Rui, Cervello, Guma— y partió hacia la montaña. Iban armados como a la guerra, y en cierto modo era una guerra lo que afrontaban: la guerra en busca de una vida más libre y mejor. Pasaron los días. Mi madre se deshacía en rezos a la Virgen y a todos los santos. Durante una semana no tuvimos noticia de los exploradores. Los peores presagios invadieron nuestro ánimo. Pero un día Lebato regresó.

Mi padre volvió a casa muy excitado. Se diría que había descubierto un tesoro. Y en cierto modo eso era lo que había ocurrido. Al otro lado de los montes, donde el río Ordunte va a dar en el Cadagua, había descubierto tierras llanas y, en ellas, restos de aldeas, campos abandonados, viejos molinos en ruinas, jugosos prados, bosques de buena madera, montes que sin duda esconderían abundante caza... Allí había tierra para mucha gente. Tierra libre y sin dueño que solo estaba esperando a que una mano diestra le supiera arrancar fruto. Era lo que mi familia estaba necesitando.

Muniadona miró a su marido con ojos espantados: tierra al sur, tierra sin dueño, tierra peligrosa, tierra expuesta al moro... Pero no, hacía tiempo que los moros no asomaban la nariz por aquellos pagos. Por otro lado, ¿acaso no te-

níamos armas? Las mismas armas con las que ahora cazábamos nos servirían para defendernos, como tantas otras veces. Y además, aquella tierra era nuestra por derecho: quizá sus dueños hubieran muerto, pero era tierra cristiana y por cristianos debía ser ocupada. Mi madre, en pie delante del hogar, detuvo sus ojos en mi padre con una rara expresión, una extraña mezcla de incredulidad y miedo y amor y también esperanza. Parecía pensar algo así como «No podrás tú solo». Pero Lebató hundía su vista en el fuego, como buscando en las brasas un augurio.

Entonces mi abuelo García habló. El anciano conocía bien esas tierras de la que hablaba Lebató. Las había recorrido a uña de caballo en su mocedad, en la hueste del gran guerrero Fruela Pérez, hermano de nuestro rey el primer Alfonso. Ocurrió que en aquel tiempo lejano los moros habían abandonado muchas de sus posiciones al otro lado de las montañas. Al parecer, los mahometanos se habían enemistado entre sí. Apenas si dejaron algunas pequeñas guarniciones bereberes en las aldeas del gran valle. El rey Alfonso, yerno del glorioso Pelayo y depositario de su herencia, vio una oportunidad de oro para limpiar la frontera. Así, columnas de jinetes cristianos empezaron a partir todas las primaveras desde los altos valles del reino para vaciar el paisaje al sur.

Mi abuelo nos había contado infinidad de veces, al calor del fuego invernal, aquellas correrías por tierra de nadie. La hueste llegaba a una aldea, aniquilaba a los moros, liberaba a los cristianos y los traía consigo al norte sin dejar tras de sí más que ceniza y desolación. De este modo el viejo García recorrió todo el valle del Duero hasta la gran meseta del sur. El rey Alfonso se había propuesto tres cosas. Una, libe-

rar a aquellos cristianos de su yugo. La segunda, ganar población para su reino. Y la tercera, privar al moro de puntos de reposo en la región. Mi abuelo tenía a gala haber cabalgado junto al rey y su hermano, el gran Fruela, en esas aventuras, y de alguna de ellas sacó además buen botín. El hecho es que en aquellas cabalgadas había atravesado varias veces nuestros montes hacia el valle de Mena, y allí había podido comprobar que este valle, al oriente de la vieja Area Patriani, era rico y fresco y estaba bien regado, y lo más importante: quedaba protegido por una muralla natural al sur que impedía el paso a cualquier peligro. Era, en fin, un buen sitio para probar suerte.

Aquellas palabras hicieron brillar diamantes en los ojos de Lebato. Mi padre cogió un tizón de la chimenea, lo enfrió en agua y acto seguido, como un autómatas, dibujó una especie de croquis sobre la tosca losa del suelo. Unas montañas, unos ríos, unos bosques... Se detuvo y miró a mi abuelo. El viejo guerrero cogió a su vez el tizón y completó el paisaje: los montes que cerraban el valle por el este y por el sur, el estrecho camino del oeste hacia el monte Cabrio y las ruinas de Area Patriniani... Realmente aquel valle era una fortaleza natural. Los hermanos asistíamos al espectáculo como si fuera una especie de ritual mágico. Y oscuramente intuíamos que nuestro destino se jugaba en los negros trazos de aquel conjuro.

En los meses siguientes, y durante un par de años, Lebato consagró toda su energía a buscar caminos hacia la tierra prometida. A veces con su gente —el fiel Cervello, el valiente Rui, el astuto Guma—, a veces con mis hermanos Vítulo y Ervigio, incluso él solo en algunas ocasiones, reco-

rrió palmo a palmo los montes de Ordunte estudiando el terreno, trazando rutas, abriendo claros. Y después bajó al valle, su tierra de promisión, señalando campos y levantando cabañas. Muy pronto decidió que no viajaríamos rodeando los montes, sino que los cruzaríamos aprovechando las veredas naturales de las gargantas. Rodear los montes por el este o por el oeste exigiría un viaje de varias jornadas, con mucha provisión de vituallas y demasiada gente para protegernos de salteadores, y no teníamos ni tantos hombres ni tantos víveres. Cruzar los montes era una vía más difícil, pero nos llevaría menos tiempo y, además, nos aseguraría contra los ladrones de los caminos. Estaba decidido: viajaríamos todos. En la aldea quedaría el primogénito, García, heredero del solar, junto al abuelo, demasiado viejo para la aventura. Y todos los demás daríamos el salto.